

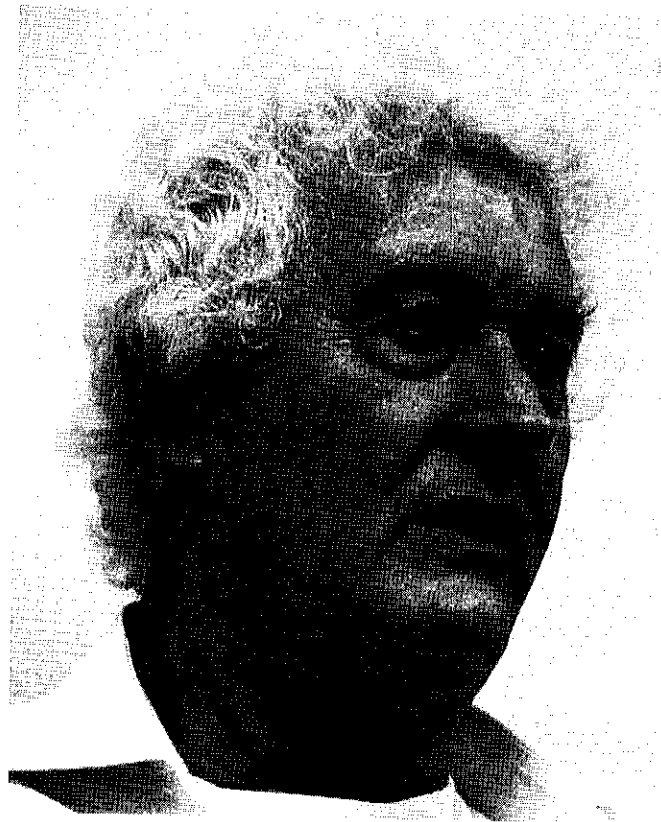


INFORME: LITERATURA EN CLM, AYER Y HOY

Félix Grande, poeta, flamencólogo, novelista...

*Entrevista de Gabriel Argumánez
Fotografías: Pablo T. Guerrero*

Entre *Las piedras* (1964) y *La balada del abuelo Palancas* (2003), han pasado treinta y nueve años. Entre esa barbaridad de años, Félix Grande (nacido accidentalmente en 1937, en Mérida, Badajoz: sus orígenes están en Tomelloso, La Mancha) ha publicado *Música amenazada* (1966), *Blanco Spirituals* (1967), *Apuntes sobre poesía española de postguerra* (1970), *Taranto* (1971, dedicada por su compromiso humano a César Vallejo), *Biografía* (1971, donde agrupa su primera Obra completa), *Años* (1975, donde agrupa su segunda "antología completa"), *Las rubáyátas de Horacio Martín* (1978), *Poesía completa: 1958-1984* (1984), *Fábula* (1991, obra que incluye una docena de relatos de distintas épocas), *García Lorca y el flamenco* (1992)... La producción literaria de Félix Grande, que fue director de *Cuadernos Hispanoamericanos*, es más que importante: hay poesía de calidad, ensayos rigurosos, narraciones intensas. *La balada del abuelo Palancas*, en palabras de los críticos, es un recorrido luminoso por el siglo XX español, a través de tres generaciones de una familia manchega: los Grande. Félix Grande está en ese recorrido, sorteando los caprichos y vaivenes de la vida. Y por razones de espacio físico, en las páginas de la revista, hay que prescindir de reflejar los silencios clamorosos del poeta; prescindir de las impresiones que transmite: una vez más, importan sus opinio-



nes, la justicia, la libertad, que la Literatura es eso: libertad y justicia.

G A B R I E L ARGUMÁNEZ: *Usted no pertenece a ninguna tribu literaria, ¿no?...*

FÉLIX GRANDE: No. Supongo que las ventajas de pertenecer a una estructura editorial poderosa deben ser abundantes, aunque yo no las conozco. No pertenecer, dicho con toda sinceridad, es sentirse muy solo.

G.A.: *Usted siempre ha escrito lo que ha querido, sin estar al dictado de nadie...*

F. G.: Es cierto, pero uno puede estar comprometido con alguna causa. Una de las veces en las que más a gusto me he sentido es cuando escribí en

El Socialista. Durante tres o cuatro años escribí lo que se me ocurría. Jamás me sugerían ni un tema, ni una opinión. Incluso algunas colaboraciones no fueron de su agrado, pero nunca me movieron ni una línea ni me dijeron nada.

¿Independencia profesional? He tenido suerte. Durante muchos años, la mayor parte de las cosas que escribía, las puercalíptico, más bien "dostowieskano" y, en líneas generales, bastante trágico; o si se quiere, bastante adicto a la lamentación. Sin embargo, en este libro, los protagonistas son, pese a todo, felices... mi madre era un ser griego, de tragedia griega y no del barroco. Sin embargo, no sé si los dioses, o mi abuelo, me entregaron la tonalidad en las primeras frases para, con un tono de

RESUMEN:

Nacido accidentalmente en Mérida, pero vinculado (y cómo) tremendamente a Tomelloso, Félix Grande acaba de publicar un libro "fundacional" en la narrativa manchega: *La balada del abuelo Palancas* en el que narra la historia de su familia (sobre todo su abuelo y su padre), y sus respectivos contextos en La Mancha de la primera mitad del siglo XX. En esta entrevista desgana sus opiniones sobre la literatura, la vida, la muerte, el compromiso, la poesía o la democracia...

voz, escribir el libro. Es lo que Luis Landero llama "encanto". Es una palabra que él ha elevado a categoría de elemento literario.

Y creo que lo que he hecho es reconciliarme con viejas heridas abiertas, incluso supurantes, de mi infancia, de mi adolescencia. El libro termina cuando tengo trece años. Es cierto que en ese libro no hay ni una sola gota de rencor, ni de resentimiento en los miembros de una familia republicana de vencidos.

Yo estaba escribiendo un libro, haciendo punto de bola, jugando con Quevedo, con Séneca, en relación con las distintas tribus poéticas españolas. De pronto "llegó" el abuelo y escribí unas páginas. Y volvió el abuelo y escribí otras quince páginas. Aparté ese punto de bola y me puse a escribir.

Cuando era niño, mi abuelo me llevaba de la mano para enseñarme a vivir. Y ahora creo que mi abuelo llegó desde las últimas habitaciones de la sangre, como diría Federico, para cogermelo de la mano, ya sesentón, para ayudarme a aprender a morir. Y yo creo que al final de una vida no está mal que uno haga cuentas—no digo ajuste de cuentas—con su pasado, con los seres y los acontecimientos que formaron su infancia, y reconciliarse, si es posible, con ellos.

Es verdad que los acontecimientos de la Guerra Civil nunca deberían ser olvidados. Habría que hacer esfuerzos por recuperar la memoria que aún permanece entre las cenizas...

G.A.: *Era la siguiente pregunta, pero ya que usted ha entrado en el tema... ¿Estamos de verdad recuperando la memoria histórica o formamos parte de una pantomima para que las editoriales vendan más libros?*

F.G.: Yo creo que la memoria puede ayudar a cerrar las heridas. Hay muchas heridas abiertas todavía en los lugares rurales. La memoria sirve para no olvidar el pasado y para tratar de evitar repetir errores y disparates; pero creo que también conviene, por lo menos los que puedan hacerlo, que utilicen la memoria como un unguento para limar el escozor de las heridas o cerrarlas. Si se utiliza como sal, produce mayor dolor.

G.A.: *La arbitrariedad de la vida y la muerte... ¿Son tan arbitrarias con las personas?*

F.G.: La muerte es la arbitrariedad pura, la injusticia pura: el mal. Pero es también la fatalidad inevitable. A veces es el descanso, el reposo. La vida es una sucesión de pequeñas y grandes injusticias entre una guerra y otra. Yo no la veo con mucho optimismo. Y sin embargo sé que el intento de modificar la vida es un trabajo de corredor de fondo. Me parece bien que existiera una cosa que se llamara Revolución Francesa. Un historiador, J. A. Maravall, cuando no sé qué tontería le estaría yo diciendo, me dijo una vez: "Mire, Grande, es usted un poeta lírico y está lleno de ingenuidad. La historia la han hecho la

Félix Grande

La balada del abuelo Palancas



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

codicia, la injusticia, la delación, la maldad, la soberbia...". Y sin embargo, con esos elementos, se ha ido haciendo la Ciencia, la técnica... Yo me acuerdo ahora de los militantes de base de partidos de izquierdas de los años 50 y 60 que entraban a la cárcel sonriendo y salían con los dientes apretados: sabían que iban a volver. Esta gente y otra mucha gente después, gente muy abnegada, están dispuestos a luchar hasta el final. Son ellos y todos nosotros los que modificamos muy lentamente esas condiciones brutales de los que hacen la historia. Hay que recordar a Camus cuando dijo que "unos hacen la historia y otros la sufren". La historia es extraordinariamente lenta, tenemos que saberlo. Y los que estamos comprometidos con la modificación de las comunidades no podemos contentarnos con la carrera de los cien metros libres, tomar el palacio de invierno... ¡No! La democracia es un camino. Lo dijo con palabras muy hermosas un brigadista internacional que vino a jugarse la vida para defender la República. "La democracia no es un estado de ser de las comunidades, si no un camino. Se está

dentro de él o se está fuera" Curiosamente, es un norteamericano llamado Abe Oscherof...

G.A.: *Es poco más o menos lo que decía Marx: "transformar la sociedad. O lo que decía Rimbaud: "cambiar la vida".*

F.G.: Sí. Pero después de las catástrofes que hemos visto en forma de tiranías, supuestamente de izquierdas—opino que todas las tiranías son de derechas—; creo que la tercera vía es la democracia. Y la democracia es un camino por el que se avanza muy lentamente, cuando no se retrocede.

G.A.: *Usted ha escrito durante el franquismo, en la llamada Transición, en la Democracia... ¿Qué supone echar la vista atrás y ver todo lo recorrido?*

F.G.: Los veinticinco años de democracia le han dado la vuelta al país. Hay que proclamarlo. El país es otro, las personas mayores tienen su jubilación, las infraestructuras son otras... la clase militar ahora no es golpista, como en el siglo XIX y buena parte del XX. Ahora están al servicio de su país. Con el franquismo teníamos dos millones y medio de emigrantes. Ahora somos un país que recibe emigración... Lo malo de la situación actual es que tratamos a los inmigrantes actuales bastante peor que como nos trataban a nosotros cuando nos tuvimos que ir a Alemania o a Francia, o donde fuera...

G.A.: *¿Se está tratando todo esto, se refleja todo eso en Literatura actual?*

F.G.: Yo creo que en los últimos años del franquismo, donde la situación era un poco más relajada, con una fuerte presión internacional, había una mayor concienciación política y social en la clase intelectual. Ahora hay unas grandes dosis de



Félix Grande y Publio López Mondejar



Félix Grande

frivolidad, porque los escritores están muy bien instalados y “venden mucho”. Entonces hubo unanimidad en unir la libertad y la justicia, que es lo que importaba a Max Aub. Entonces todos estábamos de acuerdo. Ahora hay una especie de supernarcisismo que hace que muchos intelectuales se olviden de que nuestros maestros se llamaban Manuel Azaña, Miguel de Unamuno, Indalecio Prieto, Pablo Iglesias, Julián Besteiro... menciono unos cuantos nombres, que eran hombres que escribían un artículo a la semana en algunos periódicos. Las gentes, como mi abuelo, gentes de los pueblos a quienes los líderes no conocieron nunca, leían aquellos textos para saber qué pasaba en España y fuera de España, para saber qué ocurrió durante la huelga del 17 (1917), qué pasaba en la Guerra de Marruecos, para saber qué ideas eran las que había que defender. Entonces el pueblo llano confiaba en sus intelectuales. Ahora, con muy pocas excepciones valiosísimas, la mayor parte de los intelectuales no somos de confianza.

G.A.: *¿La Literatura está reflejando toda esta situación descrita o está en la pura ficción?*

F.G.: Salvo algunos escritores muy concretos, como podría ser Juan José Téllez, escritor y periodista gaditano; salvo unos cuantos muy puntuales, a la mayor parte de los escritores les importa un carajo el sufrimiento de la gente, inmigrantes o no, criaturas que vienen a ganarse la vida para poder comer al menos una vez al día.

La mayor parte de los escritores se han hecho postmodernos y han desertado del compromiso. Esta es una etapa —los últimos diez años—, en la que muchos intelectuales (impensable en los años 60) han desertado de sus compromisos morales con la comunidad que les alimenta y donde han nacido.

G.A.: *¿Se lee poesía?*

F.G.: Yo creo que se lee más que nunca. Cuando yo empecé, hace muchos años, se hacían ediciones de quinientos ejemplares. Los consumíamos entre nosotros mismos de forma endogámica. Ahora se hacen ediciones de tres mil ejemplares, por no hablar de acontecimientos maravillosos, como el de José

Hierro, del que sale una edición tras otra. Creo que la poesía no tiene el nivel de ventas apoteósico de la novela, pero los jóvenes necesitan leer poesía, los adolescentes necesitan leer poesía. La poesía miente menos que la narración...

G.A.: *¿Por qué dice usted que miente menos que la narración?*

F.G.: Porque la poesía se escribe en estado de gracia. Con el lenguaje poético se adjunta una condición moral del mundo. La moral humana y la poética son hermanas gemelas, en tanto que en otro tipo de Literatura se puede aspirar al éxito, al éxito inmediato, al poder... un poeta no necesita nunca poder, riqueza ni nada. Lo que necesita es decir cosas verdaderas, con toda la precisión posible —me acuerdo de la frase de un poeta que odiaba lo impreciso— El poeta es el que busca la precisión de las palabras... Muchos escritores se sirven de la palabra para hacer su trabajo y los buenos poetas siempre han sabido, aunque sea de una manera inconsciente, que los seres humanos somos sirvientes de las palabras. El poeta tiene que ser sirviente de las palabras, no servirse de ellas. Las palabras son criaturas vivas, lo decía Unamuno: “Tener fe en ellas, porque son cosas vividas”. Esa vida de las palabras castellanas que ahora utilizamos tiene mil años. Son criaturas que tienen canas de mil años de longitud: hay que acercarse a ellas con el respeto con

el que nos acercaríamos a un viejo de mil años. Los poetas lo hacen.

G.A.: *Le noto a usted un tanto pesimista...*

F.G.: Sé que un libro no cambia el mundo, ni modifica las estructuras económicas o sociales, ni afecta a los propietarios de las petroleras, que van a seguir haciendo lo que les dé la gana... Cuando el encantador Gabriel Celaya dijo aquello de “la poesía es un arma cargada de futuro”, dijo una frase muy hermosa y hasta puede que un poco cierta; pero entonces parecía que el futuro significaba ya. El futuro significa “ya veremos... y mientras, caminemos”. ■